

Antropología Experimental

<http://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae>

2023. nº 23. Texto 06: 67-79

Universidad de Jaén (España)

ISSN: 1578-4282 Depósito legal: J-154-200

DOI: <https://dx.doi.org/10.17561/rae.v23.7943>

Recibido: 10-10-2022 Admitido: 15-12-2022

Carta abierta a un maestro.

El soliloquio de un aprendiz de antropólogo que aprendió a mirar (*In memoriam*)

Miguel LÓPEZ COIRA

Antropólogo Social

mcoira33@hotmail.com

Open letter to a master. The soliloquium of an apprentice anthropologist who learned to look (*In memoriam*)

Resumen

Este texto toma la trayectoria vital y académica de su autor como referencia para comprender introspectivamente los caminos de la transformación intelectual, con el objetivo de alcanzar algún grado aceptable de conocimiento disciplinar sobre nos(otros). Pero, ante todo, pretende rendir un homenaje *in memoriam* hacia el maestro que le mostró, durante más de dos décadas, los senderos del saber antropológico, sendas que, sin atajos, condujeron, paradójicamente, al discípulo a un *impasse* en relación con la etnografía como vía de conocimiento cultural.

Abstract

This text takes the author's life and academic trajectory as a reference for an introspective understanding of the paths of intellectual transformation, with the aim of reaching an acceptable degree of disciplinary knowledge about us (others). But, above all, it aims to pay homage *in memoriam* to the master who showed him, for more than two decades, the footpaths of anthropological knowledge, trails which, without shortcuts, paradoxically led the disciple to an impasse in relation to ethnography as a way of cultural knowledge.

Palabras clave

Autobiografía. Introspección. Homenaje *in memoriam*. Etnografía. *Impasse*
Autobiography. Introspection. Tribute in memoriam. Ethnography. Impasse

Breve introducción

Redacté el texto que sigue a continuación con motivo del homenaje editorial que se le iba a hacer a José Luis García García, un libro que finalmente apareció publicado en 2014 por Edicions Bellaterra bajo el título *Saberes culturales*. Tras enviar el manuscrito a las editoras, estas me hicieron saber que lo consideraban demasiado personal, demasiado autobiográfico y quizá demasiado inapropiado para un libro “serio”. Al menos eso creí entender. Escribí entonces otro texto, esta vez “serio”, sobre la poesía oral de improvisación en la isla de Cerdeña, asunto sobre el que llevaba trabajando algún tiempo y que a las susodichas editoras les pareció mucho más “apropiado”.

José Luis García nunca leyó este escrito, pese a que en varias ocasiones me propuse entregárselo en persona para decirle: *Esto es lo que realmente quería decirte...* Todavía hoy me duele mi falta de decisión, y me aflige más aún el alma desde que el 28 de marzo de 2020, José Luis falleció víctima del Covid-19, un día después de que mi hermano Eduardo, magnífico escultor y mejor amigo, falleciera por la misma causa. Doble estupor, doble dolor e infinita desesperación, pues de ninguno de los dos pude despedirme, encarcelados como estábamos todos bajo arresto sanitario-domiciliario por orden gubernativa.

Todavía albergo serias dudas sobre la pertinencia de la publicación de esta narración autobiográfica, pero quizás por serlo, pueda arrojar luz, desvelar las motivaciones internas que, al menos en mi caso, mueven a aquellos para los que la investigación cultural implica también –dicho sin ninguna presunción– el camino socrático de conocerse, o al menos intentarlo, a sí mismo. Así pues, lo que sigue constituye mi verdadero homenaje a mi maestro, un ejercicio de espejo donde quizás alguno pueda sentirse identificado en su reflejo, una muestra de la ecuación personal que a todos los científicos sociales que se exponen a conocer la cultura de (nos)otros, lo quieran o no, nos afecta e involucra por igual, independientemente del género, la edad o el estatus académico.

He aquí lo que quise decirle a José Luis García:

Querido Maestro:

La carta que tienes en tus manos habla de la relación académica –pero también personal– que hemos mantenido durante más de veinte años. En ella te ofrezco con respetuoso afecto la vivencia del discípulo, por si te sirve de algo para la tuya como maestro y mentor. La reflexión introspectiva no ha resultado fácil, pues tenía que responder a muchas preguntas que exigían “mirarse por dentro” para conocer sus respuestas.

La primera duda me surgió cuando leí el borrador del índice de este libro homenaje. Mi aportación aparecía en la primera sección del mismo. Después, la de un montón de colegas que, como yo, deseaban rendirte honores. Entonces pensé: *Si todo escrito tiene un destinatario ¿cuál es el mío? ¿Tú? ¿Los/as colegas? ¿La Academia, quizás?, me preguntaba.*

La segunda tenía no menos enjundia: ¿qué contar y cómo contarlo? Sin duda, estas cuestiones tenían que ver con la primera, la de los destinatarios, pero también con las fuentes mismas de información. Si iba a ser un relato personalizado, si pretendía asociar mis aprendizajes a tus enseñanzas, entonces yo debería ser mi principal fuente de información. Pero ser mi propia “bibliografía biográfica” requería un distanciamiento de mí mismo que no creo haber alcanzado, aunque tampoco ahora eso importa mucho. O eso creo.

Finalmente, decidí escribir una carta abierta, un relato –como decirlo– *cenitalmente diacrónico*, visto desde mis ojos a lo largo del tiempo, pero mirado también desde arriba, incluyendo a los personajes dentro de la escena. Así podría contarte las cosas que, aprendidas contigo, me han servido para entender el mundo de un modo mucho más completo. Respecto al resto de los destinatarios potenciales: ique pasen y lean, si es de su gusto!

El origen

Si vuelvo la vista bien atrás, ni yo mismo recuerdo bien las razones o los pensamientos que me llevaron a la idea temprana de que quería ser psicólogo. Tenía unos quince años, una hermana que

estudiaba Psicología, un padre médico al que le llegaban las revistas de Psiquiatría y otras cosas que yo leía, sin apenas comprender, pero con un insospechado interés, además de doce hermanos y hermanas, todos, menos uno, mayores que yo y que estudiaban y/o trabajaban en distintas cosas. Claro que eso, es otro tema.

Aquellas lecturas se hicieron más frecuentes¹ y me fui familiarizando con una terminología que no lograba entender del todo, pero que me indicaba que la cosa esa de la “mente” se podía estudiar y, por lo tanto, también a las personas y, por extensión, a mí mismo. Supongo que ese ha sido el mecanismo común o la motivación que ha llevado, y lleva, a miles de jóvenes a estudiar Psicología. Como la de los hipocondríacos a estudiar Medicina. Al menos, eso dice el mito universitario.

En la universidad que me tocó vivir apenas había información sobre nada y me pasé los dos primeros años de estudios comunes entre la facultad de Filosofía, “el A” que le decíamos, y el edificio B, “la caja de cerillas”. En tercer curso nos mandaron al campus de Somosaguas. Aquello estaba lejos, pero era otra cosa. Todos los que estábamos allí queríamos estudiar lo mismo y al menos encontramos información sobre las cosas que nos interesaban, aunque no sabíamos cómo hacerlas.

Los tres años siguientes fueron vertiginosos: alternaba las clases con un trabajo de “aplicador de test” en un gabinete psicopedagógico de La Salle, recorriendo el país de colegio en colegio, todos de La Salle, claro. País Vasco, Canarias, Extremadura, el Levante... aquello me puso en mi sitio, había que trabajar duro, pero aprendí “lo que no estaba escrito en los libros”. Pero ese también es otro asunto...

En el primer viaje al País Vasco, conocí a Gerardo, que integraba el equipo, era ya psicólogo y discípulo directo de Luis Cencillo. Él fue mi primer maestro. Su talante heterodoxo y la formidable cultura que poseía me desvelaron mundos para mí desconocidos: magia, rituales, psicoanálisis, análisis de contenidos... Claro que también aprendí a corregir, baremar e interpretar test psicológicos. Todo aquello no existía en la universidad, estaba en la calle.

Con él nos formamos varios compañeros de carrera en el gabinete de psicólogos del cual Gerardo era fundador. Tres años aprendiendo cómo funcionaba la psicología de la época, mucho test, mucho psicodiagnóstico, muchas lecturas y, por supuesto, mucho psicoanálisis. Durante esos tres años pasé el proceso de psicoanálisis didáctico con Gerardo con un entusiasmo exultante. La idea de que *para poder conocer y ayudar a un ser humano es necesario primero conocerse a uno mismo* entró en mi mente como un haz de luz, como un fogonazo. Las técnicas analíticas, especialmente la introspección como herramienta para la autoevaluación, hicieron el resto. Había encontrado el camino por el que quería hacer transitar mi vida. Sería psicoterapeuta.

Alternaba este proceso de formación con otra actividad más personal y más ideológica, como era de rigor en los años de la dictadura tardofranquista y los inicios posteriores de la transición democrática. La emergencia de los nacionalismos en España, lo que hoy llamamos con aséptica pulcritud “identidades culturales”, me enganchó por lado materno. Tras abandonar el hogar familiar, me fui a vivir al barrio de Malasaña, abundado de gallegos y estudiantes llegados de “allá”. Uno de ellos, *O Celeiro*, hijo de un campesino del valle de Lóuzara (Lugo), se instaló en el taller de zapatería que un tío suyo tenía cerrado en la calle de san Vicente Ferrer y se hizo zapatero². Y todo el grupo de amigos con él. Aprendimos a remendar zapatos, conocimos a la gente del barrio y, sobre todo, aprendí a hablar gallego, de bar en bar, pues la mayor parte de los que había en el barrio estaban regentados por emigrantes gallegos. Lo hablaba siempre, salvo en la universidad o cuando visitaba a mi familia³. Tanta Galicia, tanto

¹ Debo añadir que la biblioteca personal de mi padre era fabulosa. Libros de historia, literatura, filosofía, todos los clásicos... Sólo hoy puedo apreciar en su justa medida el privilegio que supone, cuando aún no sabes nada, pararte ante una de las librerías de la casa, mirar los lomos de cientos de libros, fijar tu mirada en uno de ellos y decir: *ja ver de qué va éste!* y había elegido, creo recordar, el *Mahábhárata*.

² *O Celeiro*, se licenció en Ciencias de la Información; contribuyó en gran medida a la renovación del periodismo en Galicia y durante muchos años ha dirigido el gabinete de prensa de la Universidad de Santiago siendo, además, Profesor Asociado de la misma.

³ Mi madre nació en Santiago de Compostela en el seno de una familia acomodada y fue educada en castellano. El uso del gallego era cosa de aldeanos y estaba asociado a un estatus social bajo. Para mí, sin embargo, se asociaba a largos veranos de mi infancia y adolescencia en la casa solariega familiar, sita en una parroquia rural cercana a Santiago, en donde jugábamos

gallego leído y hablado me llevaron a militar durante algunos años en un grupo político nacionalista. Gallego, claro.

Viajé durante varios veranos a los pueblos de mis gallegos colegas, algunos de ellos verdaderamente recónditos, y viviendo con sus familias aprendí un montón de cosas sobre las faenas del campo, sobre las fiestas populares y también sobre las canciones tradicionales que se cantaban en distintas ocasiones, aunque cada vez se hacía menos. El padre de *O Celeiro, O Loureira* era una persona muy peculiar; como *herdeiro* (heredero) de la casa, pasó su juventud “moceando” por los distintos pueblos de la comarca y era un magnífico contador de historias y anécdotas locales que yo registraba en un magnetófono. Aún hoy, ahora mismo, no puedo evitar una sonrisa al recordar algunas de ellas. Fue este paisano quien me hizo conocedor de los *berindos*, coplas que se cantaban en enfrentamientos poéticos en el contexto de las bodas, pero también al amparo de las reuniones comunales que, con motivo de los trabajos derivados de los sistemas de ayudas, se producían a lo largo del año. Según me contaba, en ocasiones, cuando los improvisadores, calientes por los efluvios de Baco, se enzarzaban poéticamente, llegaban al punto de sacar los trapos sucios del adversario en público –normalmente asuntos de amoríos o viejas rencillas entre casas que pasaban de una generación a otra– y la cosa acababa a palos.

Aquellos fueron mis primeros contactos con la tradición oral gallega. Con el tiempo, me asocié con un mozo de Chantada –*Xosé do Pacio*– que se dedicaba a recoger canciones “antiguas” por los pueblos y las cantaba versionadas con guitarra en festivales varios. Recorrimos buena parte de Galicia localizando viejecitos y viejecitas “expertos” en canciones populares a los que grabábamos en casete para luego montar nuestras versiones, fieles, eso sí, al material que habíamos recogido. Nuestra visión del folklore popular pasaba por el registro ideológico de la época: era necesario rescatar ese material con el fin de que no se perdiese para siempre de la memoria de los hombres. Muchos años después entendí que la extinción de rasgos culturales es un fenómeno natural en las culturas y que las causas de esa pérdida de vigencia son las que señalan el camino para comprender las transformaciones locales. Por entonces no sabía nada de eso, así que poco a poco me fui haciendo con una buena cantidad de muestras de folklore popular, especialmente canciones, romances y coplas de todo tipo: sobre los curas, sobre sus criadas, sobre las virtudes y defectos de hombres y mujeres, coplas con contenido sexual más o menos explícito, las llamadas “coplas verdes”, etcétera. Así que ese tiempo pasó entre clases, sesiones de psicoanálisis, viajes aplicando baterías de test por España adelante y, en vacaciones, inmersión en la Galicia profunda para continuar con el “salvamento cultural”.

La conversión

Tras finalizar los cinco años de carrera, me matriculé en doctorado. La universidad ofrecía dos alternativas a los estudiantes para obtener el grado de licenciado, requisito imprescindible para validar los cursos de doctorado: o un examen global de la carrera o hacer una investigación, algo a lo que llamaban “Memoria de licenciatura” y que se conocía como “la tesina”. La posibilidad de tener que volver a estudiar y repasar las asignaturas de la carrera, sometiéndome a un examen, me causaba urticaria mental, estupor y rechazo. Sin duda haría la investigación esa, la mencionada “tesina” que, según decían, era como el ensayo previo a la tesis doctoral. Esta última sonaba a algo muy gordo, pero al menos el diminutivo no asustaba tanto, aunque ninguno de mis compañeros que se encontraban en la misma situación, ni yo mismo, sabíamos en qué consistía eso de “hacer la tesina”.

En una sesión de psicoanálisis le comenté mis cuitas “tesineras” a Gerardo. Aunque llevaba tiempo formándome como terapeuta no sabía qué centellas se podía investigar. Y fue él quien, como buen maestro, me señaló varios caminos, en uno de los cuales nos detuvimos un buen rato: *¿por qué no analizas el material de las canciones que has estado recogiendo?* me espetó de repente. Habíamos trabajado el análisis de contenido como herramienta para el análisis de sueños así que también podía

y nos relacionábamos cotidianamente con los chicos y chicas de nuestra edad, así como con sus familias. Supongo que fue esa “socialización secundaria” la que sirvió de base para mi posterior identificación con el mundo gallego.

servir para ver qué había dentro del folklore popular. ¡Eureka!, me dije, ¡Ya he encontrado el tema para la dichosa “tesina”!

Ahora se planteaba el siguiente problema. Obligatoriamente se necesitaba un director para la “Memoria de Licenciatura”, no conocía de cerca a ningún profesor de la facultad y tampoco sabía lo que implicaba la cuestión. De nuevo Gerardo, como buen maestro, me indicó que podía ir a hablar con José Luis García, también discípulo directo de Luís Cencillo y que era de los que más sabía sobre mitos y sobre factores psicológicos y culturales.

El tal José Luis García era profesor de Antropología. ¡Uff! Aquello no me trajo buenos recuerdos. Había cursado esa asignatura en Primero con un profesor que explicaba antropología filosófica. Lo pasé fatal, pero me llevé tres o cuatro cosas de esa asignatura: un suspenso en junio; me aprendí casi de memoria las ciento doce páginas que tenía el libro de Max Scheler, *El puesto del hombre en el cosmos*, para el examen de septiembre; me quedé con la sensación de ser estúpido por no entender lo que leía y, finalmente, que eso de la antropología... no iba conmigo. Pero como, a fin de cuentas, tampoco tenía otras opciones, me propuse ir a su despacho, que ni tan siquiera sabía dónde estaba.

Es bien sabido que la vida es veleidosa, el Azar, a veces cruel y otras caprichoso, y que a la Suerte le gusta jugar al escondite dejándose ver de vez en cuando. Así fue que la Suerte, y no el Azar, decidió que mi relación con la Antropología debía comenzar en una escalera. O, para ser más preciso, en una doble escalera. Y, más exactamente, en uno de los tramos contrapuestos de escalones que hay en el pabellón central de la facultad de Psicología de la Complu en Somosaguas y que dan acceso a las dependencias de la administración, a la biblioteca, a los salones de actos y, de aquélla, –corría el año 1978–, al fondo, donde hoy se ubica la sala de juntas de la facultad, estaba el seminario de Antropología.

Justo cuando llevaba subida casi la mitad del tramo de escaleras, vi que por ellas descendía una figura alargada y casi oscurecida por estar a contraluz. Me detuve en el descansillo y le dije a bocajarro:

— ¿*Es usted José Luis García, de Antropología?*

— *Si* —me contestó—, parándose a su vez en el descansillo.

Le conté mi historia de orfandad de director de “tesina” y me preguntó:

— *Bueno y ¿sobre qué quieres hacer la tesina?*

Ni corto ni perezoso le solté:

— *Pues, quería hacer un análisis de contenidos sexuales en el folklore popular ga-*
llego.

Se paró un momento para mirarme –creo que se debió quedar algo sorprendido– y por un momento pensé:

— *Porras, a lo mejor el tema es una gilipollez.*

Y me contestó amable pero escuetamente:

— *Me parece bien, tráeme la semana que viene un borrador con un índice sobre lo que quieras hacer.*

Aunque yo no lo sabía aún, aquel encuentro en aquella escalera, iba a cambiar mi vida. Hoy sé, también, que no fue la Suerte sino la Fortuna la que me condujo hasta ese tramo de escaleras. Generosamente, me había regalado otro maestro⁴.

A partir de entonces, todo dio un giro copernicano. Las lecturas que me había recomendado mi nuevo maestro, éstas sí de verdadera Antropología, revolucionaron mi mente. Me explicaban cosas de las que no me habían hablado durante la carrera. La psicología experimental me decía lo que ocurría con los “sujetos”, en realidad estudiantes de la facultad, cuando estaban en una cabina de experimentación, con protocolos, estímulos, respuestas, análisis estadístico...pero no me contaba nada de esos

⁴ Claro, que también me lo podía haber regalado antes, por ejemplo, ofreciéndomelo como profesor en el primer curso de la carrera; seguro que, por entonces, mi difuso horizonte intelectual se habría orientado en la dirección que a partir del encuentro con José Luis García tomó mi formación personal y académica.

mismos individuos cuando salían de la cabina y se iban al bar de la facultad. Se volvían otra vez estudiantes, que es lo que éramos todos.

El psicoanálisis, por su parte, envolvía y rodeaba a la persona en sus propias vivencias, sus miedos, sus culpas, todas ellas sumidas en el mar de un inconsciente que parecía tener atribuciones divinas: el *superyó* te controlaba, el *yo* te podía traicionar, el *ello*, el aquello en forma de padre o trauma infantil... organizaban tus actos sin que tú mismo fuieras consciente de ello. La verdad es que daba un poco de agobio sentirse perseguido por uno mismo y controlado por todo lo demás.

Así que tanto la psicología experimental como el psicoanálisis tomaban a la persona como centro y a partir de ahí explicaban su relación con el mundo, como si el mundo no hiciera cosas con todos nosotros. La Antropología, por el contrario, sí me hablaba del mundo (sus culturas) y de su organización, y me ofrecía respuestas a lo que hacían los estudiantes en el bar de la facultad, a lo que sucedía en islas remotas como las Trobiand o lo que pasaba en un recóndito pueblo gallego. Me explicaba lo que hace la gente cuando ha de vivir junta, así como una inmensa variedad de formas de vivir.

Había terminado ya el proceso analítico, formaba parte de un grupo de psicodiagnóstico y me esperaba mi primer cliente. Había llegado a donde había ideado desde los quince años, pero ahora que me había preparado para conocer las respuestas, la vida, veleidosa, me cambió todas las preguntas. Y yo tenía verdadera curiosidad por conocer las respuestas a los nuevos interrogantes. Debía tomar una decisión.

Dejé el grupo de psicodiagnóstico, redirigí a otro psicólogo mi futuro cliente y clausuré mi relación con la Psicología. Aprovechando los doce meses de paro que me quedaban –tras haber trabajado seis meses en Iberia como auxiliar en el aeropuerto de Barajas-, me trasladé a Santiago de Compostela y me imbuí como un poseído en las bibliotecas de su universidad: cancioneros, boletines históricos, literatura de cordel y continué con la grabación de canciones *in situ* con mi colega de Chantada. Volví a Madrid con la mochila llena de papeles y coplas gallegas, justo todo el material que necesitaba para la tesina, ahora ya sin comillas.

La dirección de José Luis, como la de un buen maestro, fue como un faro que señalaba siempre un mismo horizonte, un horizonte que entonces me parecía cuanto menos críptico: *Decir lo que haces, lo que no haces y explicar cómo lo haces. ¡Ahí es ná!*, farfullé entre dientes. Cada plazo acordado un capítulo, que luego me retornaba con correcciones y recomendaciones bibliográficas, la intensa luz del faro requería trabajo, rigor y seriedad. Nadie me había tratado así, con tanta afabilidad y respeto. Me hacía sentir que lo que hacía tenía importancia⁵.

La elaboración del trabajo resultó ardua y complicada, había que traducir los contenidos de las coplas, que previamente había clasificado en categorías, a frecuencias numéricas. Y eran miles, más de doce mil, creo recordar. *¡Centellas!* –pensé– *¡No me escaparé nunca de los números!* Recuerdo días enteros tecleando frecuencias en una maquineta de cálculo programable que me había facilitado un compañero de la facultad. Había reclamado la ayuda de mis amigos gallegos, que también estaban terminando sus carreras en la *Complu*. Nos relevábamos cada dos o tres horas de tecleo, por parejas, durante noches enteras. Los pares de frecuencias, con su respectiva significación estadística, salían impresos en una tira como la del recibo de compra de los comercios de hoy, pero mucho más larga. Centenares de tiras, nunca se acababan. Y luego, venía lo peor, señalar todas las frecuencias significativas, pasarlas a tablas y ponerte a pensar qué demonios quería decir todo aquel batiburrillo de cifras y letras. Continué tecleando pares de frecuencias en aquel maquinucho y acabé pegando los cientos de tiras en folios que debía fotocopiar para incluirlos como apéndice demostrativo al final de la tesina. El trabajo estaba hecho.

La defensa de la tesina (cuyo título, *Análisis de contenidos sexuales en el folklore popular gallego*, hacía reír a mis compañeros de doctorado; todos habían investigado sobre temas “importantes” como la hipertensión arterial en no sé qué tipo de personas trastornadas o sobre la conductancia

⁵ La relación que tenían mis compañeros de doctorado con sus directores era bien distinta. Apenas se habían reunido con ellos en dos o tres ocasiones y, desde luego, no era tan cercana ni cordial. Esta diferencia me hizo más consciente de la situación de privilegio en la que me encontraba.

electrodérmica de la piel en relación con no sé qué cosa), fue tan excitante como demoledora. Se había nombrado un tribunal especial para todos nosotros, pues al año siguiente se cambiaría sustancialmente el programa de Tercer Ciclo. En una mañana debían de ventilarse más de diez tesinas. Cuando llegó mi turno, ya consternado ante lo que iba viendo, el presidente del tribunal me dijo, como quien te arroja una piedra a la cabeza, algo así como: *Vamos con retraso. Tiene Ud. entre cinco y siete minutos para exponer su trabajo.* Raudo y veloz intenté contar todo el lío de las coplas, los números y los análisis, pero de nuevo la voz del presidente restalló delante de mí como un látigo: *Por favor, pase Ud. a las conclusiones. Le quedan dos minutos.* ¡Dos minutos! Y no iba ni por la mitad. Como pude, farfullé unas conclusiones que ni yo mismo parecía entender.

Sobreviví a la primera prueba (tragándome el sapo de los “siete minutos”) pero aún era un neonato etnográfico al que el maestro tenía reservados otros planes. Me ofreció dar un seminario a algunos de sus estudiantes sobre lo que había hecho y aquello me encantó. Pero jamás en mi vida me había visto a mí mismo dando clases; los profesores, salvo un par de ellos, no eran plato de mi gusto. Y de nuevo la luz del faro indicaba el camino: *Lo importante es tener alguna relación con la universidad y luego esperar a que surja la posibilidad de un contrato. Mientras, ve haciendo la tesis.*

El rito de paso

Se me había acabado el paro y había que buscarse las habichuelas. Presenté varias solicitudes para becas y conseguí una del INAPE (Instituto Nacional de Asistencia y Promoción del Estudiante), de pequeña cuantía, pero suficiente para ir tirando y permitirme planes para la tesis, para hacer trabajo de campo, aunque no sabía cómo se hacía eso. Dado que el plan era proyectar lo que había averiguado en la tesina a la cultura real le dije a José Luis que me marcharía a Galicia durante unos meses y le pregunté qué me recomendaba para el trabajo de campo. Su respuesta me sonó como el mensaje de un oráculo, escueto, nuevamente críptico y revelador: *Busca un lugar donde hacer la investigación, procura vivir con una familia y no molestes a la gente cuando esté trabajando. ¿Sólo eso?* me dije para mis adentros, sintiéndome perdido. Y, sin embargo, fue exactamente lo que hice.

Durante los tres años siguientes pasé largas temporadas viviendo en Murias de Rao, un pueblo de la montaña de Navia de Suarna (Lugo), haciendo lo que me recomendara mi maestro y, sin darme cuenta apenas, me acabé convirtiendo en un “nativo marginal”, ese raro estatus al que llegan los etnógrafos cuando consiguen una buena relación de campo. Llegas a ser “casi” como de la familia. Ese proceso de inmersión me permitió vivir “como si fuese un nativo” pero sin olvidar lo que había ido a hacer allí, redactaba con nocturnidad y alevosía, aunque religiosamente, el diario de campo, me pasaba el día haciendo preguntas, grabando conversaciones y haciendo fotografías, vamos, lo que hacen los etnógrafos y las etnógrafas. Mantenía correspondencia con mi maestro, al que le comunicaba mis avances y desalientos y me respondía con sugerencias y consejos que hacían de bálsamo para mis dudas y cuitas etnográficas. ¡Cuánto aprendí de los errores de “palabra, obra u omisión” en esta mi primera experiencia con los “otros”, aunque yo los sintiera como “míos”!

De nuevo Antropología vs. Psicología

La experiencia solitaria en las montañas de Lugo se vio compensada por otra en equipo en Madrid. Durante uno de los periodos que estaba en la ciudad, José Luis me dirigió al Museo Nacional de Etnología para que me presentara a Pilar Romero de Tejada, la subdirectora. La incipiente Asociación Madrileña de Antropología, con José Luis García, Pilar Romero de Tejada, Fermín del Pino y Honorio Velasco como puntas de lanza captaron mi atención inmediatamente, aunque más bien creo que fueron ellos los que me captaron ofreciéndome, exactamente, lo que andaba buscando: investigación etnográfica. Con Honorio Velasco al mando, (mi tercero maestro, aunque ese es también otro asunto) llevamos a cabo el proyecto de la réplica de la *Encuesta del Ateneo Madrileño de 1901-1902 sobre costumbres de nacimiento, matrimonio y muerte en la provincia de Madrid*, y el de *Tradición y cambio en la Vega del Tajuña*, entre otros. Fue la primera vez que me pagaron por hacer investigación, aunque Pilar Romero tuviera que justificarlo como “jornadas de pico y pala”, pues la administración de entonces sólo reconocía el trabajo de campo a los arqueólogos. Allí aprendí realmente a hacer trabajo

etnográfico sistemático y a trabajar en equipo bajo la atenta y didáctica supervisión de Honorio Velasco como director del proyecto.

Cuando todo había asentado ya su rumbo y se había completado mi conversión a la Antropología, la Suerte, ¿o fue la Fortuna? se dispuso a tentarme de nuevo, esta vez a través de mis compañeros de carrera que, como yo, habíamos acabado en la universidad y recién estrenábamos nuestro primer contrato como profesores ayudantes. Esos mismos compañeros que se reían al oír el título de mi tesis y que eran buenos amigos y colegas.

Por mediación de sus contactos se presentó la oportunidad de colaborar directamente con la Escuela de Estudios Penitenciarios, cuyo director era un psicólogo que quería modernizar el vetusto protocolo con el que hasta entonces se clasificaba a los “internos”. Al instante, mis colegas psicólogos se pusieron a rumiar el proyecto y me ofrecieron participar en él, con el fin de cubrir lo que ellos llamaban “el aspecto social”. Como ya estaba acostumbrado a participar en más de una investigación, me apunté al carro y nos metimos de lleno en la prisión de Carabanchel con un sólido proyecto bajo el brazo.

Las frecuentes visitas a las cárceles de la provincia estaban siempre supervisadas por los funcionarios, pero se nos dejaba un acceso relativamente libre a los “internos”. El contacto con las prisiones y con quienes las habitan me hizo reflexionar sobre lo que las instituciones –en este caso totales– hacen con los individuos y a la inversa, cómo se organiza un grupo humano para defenderse de aquello que lo mantiene encarcelado.

Y empezamos a producir resultados, en esto los psicólogos son geniales con su cocina estadística, a participar en congresos y escribir textos sobre delincuentes y cárceles. Mi trabajo de tesis en Galicia se había quedado en punto muerto y el tema –“La estructura de la relación sexual en el medio rural gallego”– era tan amplio y tan delicado de observar que me tenía desanimado. Fue uno de los colegas psicólogos, el que me dijo un día: *Te vas a eternizar con tu trabajo de Galicia ¿por qué no escoges alguno de los aspectos sobre los que tenemos mucha información y haces la tesis sobre ello? Es cierto –pensé– creo que podría decir muchas cosas sobre las cárceles.*

Me reuní con José Luis y le expuse la situación. Como buen maestro, respetó plenamente mi decisión instándome, de nuevo, a presentarle un borrador de índice para el nuevo tema. Mi otro maestro, Honorio, no opinaba lo mismo. Sostenía que hacer una tesis marca mucho al investigador y que eso podría alejarme de la Antropología. Como buen maestro, se preocupaba porque no me perdiera en el camino. Y eso, precisamente, me ayudó a no perderme.

Reorienté la investigación en las cárceles y tres años después presenté una tesis sobre *Clima familiar y delincuencia*, un texto híbrido, mitad Psicología –el tribunal que me iba a evaluar estaría compuesto por psicólogos fundamentalmente– mitad Antropología, la que había podido desplegar en las restrictivas condiciones que nos permitía la institución penitenciaria. En la defensa de la tesis también el presidente del tribunal me “sugirió” el equivalente a los siete minutos de la tesis para exponer mi trabajo: *Tiene Ud. de veinticinco a treinta minutos para la defensa de su tesis. ¡Y un cuerno!* –me dije para mis adentros– y me pasé con larguezas de los cincuenta minutos, haciendo oídos sordos ante las sugerencias de que fuera concluyendo. ¡Faltaría más!

La Antropología como profesión

Debió ser la confluencia simultánea de los poderes de la Suerte, del Azar y de la Fortuna la que propició que a los cuatro meses de haber obtenido el título de doctor pudiera acceder de forma interina a una plaza de profesor titular. A un compañero de los más antiguos le había afectado la entonces reciente Ley de Incompatibilidades, eligiendo dejar la universidad. La plaza se sacó dos años más tarde a concurso y, de nuevo, mi maestro sacó su varita de luz para explicarme de qué iba el asunto: *Prepárate bien los dos ejercicios porque, si viene alguien con más publicaciones o más méritos que tú, será en la exposición del segundo donde puedas marcar la diferencia.* Me preparé a fondo, pero no se presentó nadie más. ¡Eso sí que era suerte! O quizás no. El año anterior había cambiado toda la normativa ministerial para las oposiciones y nadie sabía muy bien en qué debían consistir estas. *Pasa tú primero, que a mí me da la risa,* debieron pensar mis potenciales oponentes. Y pasé.

A partir de ahí llegaron los proyectos de investigación en equipo financiados: el de *Rituales y proceso social*, que tomó la forma de un precioso y enjundioso texto –en mi opinión, el primer estudio netamente comparativo a nivel nacional de la antropología española– editado en 1991 por el Ministerio de Cultura; y más tarde, dos financiaciones trienales del DGCYT para investigar, también en equipo y en clave comparativa, el *Cambio de valores y comportamientos políticos en diversos contextos de transformación social* y los *Procesos sociales en la minería española*, respectivamente. Aprendí no solo a investigar mejor, sino también todo lo referente a la gestión económica de un equipo de investigación formado por antropólogos y antropólogas de distintas universidades; lo que se traducía, siempre, en conflictos con las instituciones académicas para que nos pagaran lo que nos debían. Me hice todo un experto en “etnografía de pasillo institucional”.

En términos de investigación, me pasé cerca de ocho años haciendo trabajo de campo en un contexto rural transformado por la actividad minera. Un entorno social duro y difícil para el etnógrafo o, al menos, para mí como investigador. En un contexto social tan ideologizado la mera presencia del observador resultaba sospechosa y el desplazamiento de éste por los diferentes estamentos de la empresa con el fin de diversificar fuentes de información (entrevistas con el director de la explotación, con el capataz de la mina, con los representantes sindicales, con los obreros de interior y de exterior...) se percibía por parte de unos y de otros cuanto menos como “peligroso”. Como consecuencia, cada vez que me ausentaba por algunos meses tenía que volver a renegociar mi papel de investigador. Los informantes, al verme de nuevo, me espelaban de primeras: *Hombre, ya está aquí el periodista*. Y vuelta a empezar.

Cuando terminamos la investigación en el año 2000, escribimos un texto final dando cuenta de los resultados. Nos lo publicaría el CIS. Pero esta vez el Azar nos puso mala cara y retrasó la publicación durante dos años. En un primer momento el CIS nos sugirió que lo que nosotros habíamos pensado como introducción debería incluirse como conclusiones. Reformamos y readaptamos los materiales del texto y fue aceptado para su publicación. Tampoco nos sonrió la Suerte: cambiaron la directiva del CIS y nos comunicaron las nuevas demandas para publicar el libro. Debíamos cambiar la parte de las conclusiones para incluirla como introducción y a la inversa. ¡Fastuoso! ¿No? Menos mal que guardábamos copia del primer original que, sin embargo, tuvimos que rehacer para dar cumplida cuenta de las nuevas exigencias editoriales. Finalmente, el libro se publicó en 2002 bajo el título *Los últimos mineros. Un estudio antropológico sobre la minería en España*.

Sin embargo, aquella gota, unida a otras, rebosó el vaso. Había tenido un conflicto reciente con la inspección de servicios de la universidad a causa de un estadillo de docencia que un administrativo se había olvidado de tramitar. Aquel inspector me juzgó culpable desde el principio y hube de defenderme con uñas y dientes para demostrar que no había sido una falta de omisión por mi parte sino un error de otro. *No se preocupe* –me dijo al final con cierta displicencia– *esto no constará en su expediente*. No me atreví a echarle del despacho, aunque debería haberlo hecho. Contemporáneamente, tuve ciertas “desavenencias” con la ANECA, especialmente cuando para la evaluación del segundo sexenio de investigación me comunicaron en una simpática carta que *el investigador puede considerar que su trabajo tiene la calidad adecuada, pero haberse equivocado con el medio de publicación*.

Y, entonces, tiré la toalla. Había pasado los últimos veinte años entre pueblos, cárceles y minas, la universidad en la que trabajaba adoptaba casi sistemáticamente el principio de la presunción de culpabilidad, la ANECA me consideraba mediocre y los mineros habían acabado con mi paciencia etnográfica.

Decidí que todos “tenían razón” y me fui a hablar con mi maestro. José Luis tenía pensado un nuevo proyecto, esta vez sobre los prejubilados en las cuencas mineras, pero le dije que me sentía exhausto, que quería darme un respiro para liberarme de la esclavitud de la etnografía y que había tomado la decisión de no volver a hacer investigación reglada, salvo que el tema me produjera satisfacción y despertara mi curiosidad. Y los mineros jubilados no me auguraban ni lo uno ni lo otro. José Luis, como excelente maestro, me invitó a reconsiderar el asunto, pero volvió a respetar enteramente mi decisión. Desde entonces no volvimos a trabajar juntos en investigación, pero siempre estuve ahí, apoyando y

alentando el ejercicio de libertad intelectual que él mismo me había transmitido durante todos esos años.

La Música como bálsamo

Creo que fue en el verano del año 2000 cuando oí por primera vez el sonido de un *didgeridoo*. Un sonido que me haría girar la rueda de la vida. Estaba de vacaciones en Carloforte, una pequeña isla cercana a Cerdeña, en la casa de una cuñada italiana. Una tarde apareció por allí Stefano, un sobrino suyo. Venía con él un tipo australiano que llevaba en la mano un tubo de pvc de un metro, más o menos, de largo y unos cuatro o cinco centímetros de diámetro y en uno de los extremos le había puesto una juntura de goma. Se puso a soplar por aquel tubo haciendo salir por su extremo un sonido desconocido para mí, grave, profundo, misterioso y muy rico en armónicos. Soplaba y soplaba sin apartar los labios de la embocadura al tiempo que emitía sonidos de pájaros y de lo que parecían ser otros animales. No daba crédito a mis oídos. *Yo quiero aprender a hacer eso* –me dije–. Pero no conseguí sacar ni un maldito sonido cuando soplaba como un energúmeno por aquel tubo de plástico. Convencí al australiano para que me hiciera uno y me lo llevé a España. Durante meses intenté hacerlo sonar sin éxito. Un día leí en la *Guía del Ocio* que se había inaugurado en Madrid una tienda de *didgeridoos* australianos. Mi cuerpo dio un respingo en el sofá y me dirigí rápidamente hacia allí. Al llegar, vi que en la puerta de la tienda había un cartel escrito a mano que decía: *Se dan clases de didgeridoo*. Cuando el dependiente me preguntó qué quería, le contesté, señalando el cartel con el dedo: *Esto, quiero esto*. Aquello constituyó otro principio. Una vuelta a empezar desde cero.

Me he pasado los últimos veinte años incorporando culturas sonoras no occidentales a través de un aprendizaje que entrañaba el manejo de instrumentos y técnicas musicales nada convencionales, desde el *didgeridoo* –con su dificultosa técnica de respiración circular– a las arpas de boca de diversas partes del mundo, desde los cuencos cantores y metalófonos en general a las técnicas del canto difónico occidental y del canto gutural, o *Khoomeii*, del Asia central, del *igil* al *chanzy* y al *doshpuluur*... Y de país en país, de cultura en cultura: India, Nepal, Tailandia, sudeste asiático, Indonesia, Sudamérica, Siberia... Siempre he viajado con un escueto, pero bien surtido *kit* de instrumentos musicales, que me han servido “instrumentalmente” (valga la concomitancia) para contactar con artesanos y músicos de esos lugares con los que he compartido experiencias musicales que son difíciles de olvidar: los talleres de *didgeridoo* con aborígenes australianos en diversos países europeos, las clases de *igil* en una yurta de la *taiga* tuvana, las *jam session* con músicos indios en Varanasi o nepalíes en Katmandú...

La música, en tanto *sonido humanamente organizado*, como diría Blacking, ese producto cultural con rango de universal –no conozco ninguna cultura que no incorpore, del modo que sea, elementos musicales a algún aspecto de su vida social– tiene algo que sólo podría encajar en la categoría de magia. Y ya sabemos, desde que nos lo desvelara Lévi-Strauss, que la existencia de la magia pasa necesariamente por la creencia en la misma⁶. Estos años llenos de experiencias y aprendizajes musicales –y, por lo tanto, culturales– me ha conducido a una certeza ineluctable, aunque difícilmente explicable: la música “hace cosas” con las personas, tanto con quienes la ejecutan como con quienes la reciben mediante la escucha.

Recuerdo que, al final de un concierto que di (junto a un colega con el que hacía música en ese momento) en el teatro municipal de Daimiel, se nos acercó una señora mayor que, cogiéndonos las manos, nos dijo: *Yo soy una persona muy devota y creyente y cuando he escuchado la música y cerraba los ojos, creía estar en el cielo*. La gentil señora se refería al efecto que le habían producido el canto de armónicos, los sonidos y vibraciones espectaculares de los cuencos tibetanos, así como el profundo timbre del *didgeridoo* australiano, entre otros instrumentos. Nosotros simplemente habíamos invitado al público a cerrar los ojos para sentir más intensamente el viaje sonoro que les proponíamos. O aquel

⁶ Estando en Varanasi charlando con Achir, un muchacho indio que estaba estudiando canto *kayal*, le comenté que la gente pensaba que el canto de armónicos que yo ejecutaba en ocasiones era cosa de magia, cuando era una cuestión física. “Pero, es que, para nosotros, la física es magia. Sólo así podemos comprender la complejidad del universo”. No supe qué responderle.

otro señor de Campo de Criptana, en cuyo conservatorio hicimos un concierto didáctico que, tras oír el sonido de los cuencos cantores y sentirlos vibrar en sus manos, comentó aliviado: *Llevo toda la vida oyendo ruidos en mi cabeza y ahora que he oído estos instrumentos tan raros, me doy cuenta de que son como las cosas que oigo, y que entonces no son ruidos, sino música*⁷.

Tengo un buen puñado de anécdotas semejantes que confirman que, en cualquier caso, cada oyente (cabría decir “escuchante”) elige su propio marco de experiencia en el que ubicar un discurso sonoro, con independencia del que experimenta el ejecutante. De todos modos, sigo pensando que la música promueve estados y vivencias sensoriales, además de experiencias culturales. Y, aunque desde las propuestas teóricas de Austin sabemos que hacemos cosas con palabras, la antropología social aún no sabe muy bien lo que la gente hace realmente con la música, y aún menos lo que realmente la música hace con la gente⁸.

El dilema etnográfico: observar o mirar

Durante los dos primeros años de esta nueva andadura estuve tentado, y mucho, de acometer un trabajo de campo sistemático sobre las músicas emergentes y los procesos de apropiación y de consumo de elementos y tradiciones musicales no occidentales por parte de un gran y diverso número de colectivos europeos y, en general, occidentales. La economía que promueve el consumo cultural de “estas músicas”, de carácter básicamente informal, no dejaba de sorprenderme. La enorme producción de *didgeridoos* en Australia, de cuencos cantores en India y Nepal, de gongs en China, de arpas de boca de diferentes países y una pléyade de otros instrumentos “exóticos” apenas cubría la demanda occidental. Una demanda más asociada a ideologías concretas que a la práctica musical. Reclamos como “sanación”, “bioenergética”, “espiritualidad” y otros sucedáneos servían para captar clientes, cuando no para reclutar acólitos, en las distintas ferias comerciales que se organizaban por España y Europa⁹.

Por otra parte, durante el proceso de aprendizaje de diversas técnicas e instrumentos musicales siempre he mantenido un estatus y un rol de aprendiz. Prácticamente nadie, salvo un par de amigos con los que hacía música en un grupo, sabía en qué trabajaba; yo aprendía, participaba y *miraba* en un contexto donde la relación con “mis iguales” –todos estábamos aprendiendo– se jerarquizaba por lo que cada uno era capaz de aportar musicalmente, no por la edad o la posición social. En tanto que “pares”, las interacciones se producían en un contexto de naturalidad y espontaneidad donde se manifestaban libremente tanto las filias como las fobias, tanto las alianzas como los conflictos dentro del grupo. Pero no tomaba notas, sólo aprendía, participaba y *miraba* con mucha atención.

Tenía los ingredientes ideales para hacer etnografía: una temática multilocal y el acceso desde dentro como participante en el contexto español, amén de otros países en los que conocía a bastantes músicos. Sólo era necesario sistematizar la observación y redactar un diario de campo. Entonces reflexioné sobre cómo reaccionarían mis “iguales” ante el cambio de rol, haciendo entrevistas informales, formales, encubiertas, tomando notas, en fin, “haciendo de antropólogo”. Sin lugar a dudas, la naturaleza de las interacciones cambiaria, mi nuevo papel –necesariamente asociado ya a la actividad

⁷ Lo que ese hombre padecía se denomina *tinnitus neurosensorial crónico*, más conocido como *acúfenos*, un fenómeno perceptivo que consiste en notar sonidos en el oído (percibidos en forma de pitidos, zumbidos graves o agudos, siseos, o ruido blanco entre otros sonidos) que no proceden de ninguna fuente externa.

⁸ Aunque Darwin no fue capaz de explicar en términos evolutivos para qué servía la música en la especie humana, el acceso a la explicación sobre qué es lo que hace la actividad musical en el cerebro humano es posible a través de los estudios actuales de la neurociencia, en la que los músicos son sujetos privilegiados para la investigación experimental con resonancia magnética-funcional. La conclusión más sorprendente de estos estudios es que determinadas capacidades musicales, como distinguir la altura de una nota (diferenciar una frecuencia grave de otra más aguda) o la transposición musical (ejecutar o cantar una pieza musical en un tono más alto o más bajo que el original) resultan ser rasgos atávicos de la especie, dado que el procesamiento de este tipo de información sonora corre a cargo, fundamentalmente, del cerebelo, nuestro cerebro primigenio. Y, sin embargo, desconocemos casi todo sobre el valor adaptativo de esas capacidades “musicales”.

⁹ En Madrid, por ejemplo, se celebraba periódicamente la *Feria Esotérica y Alternativa* en la estación de Atocha con una gran afluencia de público consumidor de “espiritualidad”. También las ferias de *Biocultura* en Madrid y en Barcelona –y sus equivalentes en otros países europeos- son nichos ideales para la promoción de estos productos culturales “con poderes”.

científica y a la universidad— desvirtuaría la fluidez y la naturalidad de unas relaciones sociales no mediatisadas por la presencia de un observador que ejerce como tal. Como un eco, me llegaba el *run run* de una de las premisas del pensamiento científico occidental: todo fenómeno resulta modificado por el mero hecho de ser observado.

Esto me llevó a pensar sobre los límites de la etnografía y los del propio investigador. La objetividad que exige la etnografía, en la que ha de involucrarse la propia subjetividad a través de la participación, dificulta, si no impide, la espontaneidad y naturalidad de los discursos y de las conductas de los nativos. Es decir, sobre el terreno la presencia del investigador modifica necesariamente lo observado, por mucho que se obtenga la posición social de “nativo marginal”.

Si es bien cierto que los etnógrafos prestan atención a lo que la gente dice, lo que la gente hace y lo que la gente dice que hace, la verdad es que en estos tres niveles –el cognitivo, el comportamental y el ideológico– los informantes filtran y seleccionan lo que nos cuentan porque, no nos engañemos, seguimos siendo unos “extraños” a lo largo de todo el proceso en el que, en todo caso, adquirimos el estatus de “conocidos” para la mayor parte del grupo humano sobre el que hacemos investigación. Vamos, que saben quiénes somos y, más o menos, lo que hemos ido a hacer a ese lugar concreto. Pero, a mi juicio, es precisamente ese “más o menos” (dependiente de lo que el investigador/a haya contado de sí mismo) lo que despierta susceptibilidades, cuando no desconfianza. Preguntas tales como: *¿y... para que sirve lo que estás haciendo? ¿y... cuánto dinero ganas con esto? ¿Entonces, escribes un libro con lo que te decimos?* no hacen sino señalar ese horizonte de apreciación social en el que los investigadores suelen desenvolverse bastante mal, respondiendo con vaguedades genéricas que invocan a la ciencia con la misma convicción con la que otros recurren al poder de la Virgen o a la voluntad de Dios, por citar dos divinidades cristianas.

No dudo que a lo largo del trabajo de campo los antropólogos/as asentamos y construimos relaciones humanas basadas en la confianza y en la amistad, quizá como una oculta y poco reconocida garantía sobre la veracidad de la información que nos facilitan esas mismas relaciones, pero para la mayoría de ese grupo humano sobre el que ponemos a prueba teorías antropológicas, representamos a alguien que “no es de los nuestros”, que se pasa el tiempo preguntando cosas, algunas de ellas casi ridículas para los nativos, que toma notas a cada momento, que hace fotografías cuando le parece bien y que, si te descuidas, te saca un aparatito y se pone a grabar todo lo que dices, así que... a ver qué dices... Definitivamente, creo que lo que nos cuentan los informantes nunca es “inocente”, eso cuando no mienten, o mejor dicho, cuando ocultan voluntariamente determinados detalles sobre asuntos locales bajo el influjo irresistible de la deseabilidad social.

Esta última característica, curiosamente, es en la que fundamentamos nuestra imagen social como investigadores cuando nos presentamos bajo el amparo de la institución académica, o cuando nos mostramos prosociales, discretos y aparentemente neutrales con el objetivo de ocupar una posición que nos permita deambular por los diversos sectores sociales, sin que se nos adscriba a ninguno de ellos.

Pero nuestra mera presencia es ya una acción social que suscita más de una reacción de protección ante el que viene a meter las narices en los asuntos ajenos. Y pienso que la etnografía –en tanto estrategia de investigación– no ha sabido, o no ha podido, resolver este asunto de forma satisfactoria. Especialmente porque esa acción social que despierta reacciones está construida y es instrumentalizada por el propio investigador con el fin de irse abriendo camino sobre el terreno. Pero con ello, sin pretenderlo, estigmatizamos a los otros en cuanto los consideramos objeto de estudio y a nosotros mismos cuando ejercemos el oficio de etnógrafos. Recuerdo una anécdota que me contaba un colega y también buen amigo con el que trabajé unos años en un proyecto sobre la “ecuación personal en la etnografía”. Estando en una conversación con sus informantes, como veían que había pasado algún tiempo sin tomar notas, uno de ellos le dijo con un marcado retintín: *¿Qué pasa, eso no lo apuntas en la “libretita”?*, como sugiriendo ¿es que lo que te contamos no te parece importante como para apuntarlo como haces siempre? ¿Quién observa a quién? me pregunto. Que levante la mano el etnógrafo o la etnógrafa que no sea haya sentido en alguna ocasión, o en muchas, observado(a), controlado(a), cuando no instrumentalizado(a) o manipulado(a) por sus “objetos de estudio”.

Todo lo anterior me lleva a pensar en el rol del etnógrafo/a, en su manera de comportarse, al menos, bajo dos códigos normativos de conducta bien diferenciados y, al tiempo, paralelos, simultáneos. Por una parte, esgrime una conducta prosocial, dictada por el sentido común, que incorpora la observación escrupulosa de las convenciones que organizan la conducta de los nativos en su vida social y, por otra, ha de rendir pleitesía al código de comportamiento dictado por la disciplina, es decir, tenemos que “hacer de etnógrafos”. La correcta implementación de ambos debería garantizar una buena relación de campo. Debemos, entonces, interpretar bien nuestro rol como actores sociales y hacer lo mismo en tanto que etnógrafos profesionales, lo que no nos distancia mucho de ser, fundamentalmente, dobles agentes ¿No será que Geertz se quedó corto al entender al antropólogo como autor, soslayando el problema del antropólogo como “actor”? Ese estereotipo de actor/actriz es el que orienta nuestras enseñanzas académicas para con los estudiantes cuando, con el aprendizaje de los métodos y de las técnicas, les enseñamos a ser y a comportarse “como antropólogos/as”, una estereotipia que, a fin de cuentas, llega a ser reconocida e interpelada por los nativos: *¿Qué pasa, eso no lo apuntas en la “libretita”?*, reitero.

Estas y otras argumentaciones me llevaron a concluir que “etnografiar” las músicas emergentes sería como matar la gallina de los huevos de oro. Todo aquel mundo me divertía, me enseñaba cosas que no había aprendido en ninguna otra parte y, además, resultaba enormemente gratificante. Me mostraba una cautivadora línea del horizonte que, como la del holismo, resultaba inalcanzable. Cuanto más avanzas en el conocimiento ese horizonte se desplaza proporcionalmente, señalando los nuevos márgenes de tu ignorancia. Podría seguir aprendiendo toda la vida sin rendir cuentas a nadie. Lo haría por pura curiosidad y por placer, pero *mirando* –que no *observando*– atentamente todo lo que me rodeaba, siendo consciente de los procesos y de los productos culturales resultantes desde una posición privilegiada que me permitiera entender las interacciones humanas en su contexto natural. Y esto es lo que he estado haciendo y aprendiendo en los últimos años. Sin plazos de entrega de manuscritos, ni compromisos académicos, ni *anecas*, pero compartiendo en diversos contextos (talleres gratuitos en centros culturales, casas de la cultura municipales, conservatorios...) las cosas que he ido atesorando en el transcurso de las distintas experiencias vividas.

Llega el momento de cerrar este soliloquio plural, querido maestro. Extraigo el corazón de mi pecho para agradecer tu generosidad intelectual, tu respeto personal y, sobre todo, por haberme servido de faro-guía en la aventura de aprender a conocer y a comprender a mis congéneres. No he vuelto a tener ningún otro maestro, sin ánimo de presunción creo que me basta con guiarme a mí mismo en la convicción de haber aprendido a *mirar* a los demás y, por ende, a *mirarme* como si de “otro” se tratase.

Con genuino afecto

Miguel

P.D. Últimamente, el Azar ha vuelto a manifestarse caprichoso conviniendo en cerrar el círculo de mi experiencia de aprendizaje. En Cerdeña he “descubierto” la fascinación de los poetas improvisadores sardos. De nuevo la narrativa oral llama a mi puerta devolviéndome al punto de partida, ¿será el Destino?; como dicen los gallegos: “*se ha de saber...*”. Pero eso, es otra historia.

